

Tema 4 Parte A

La perspectiva de la mediación

En la Didáctica de la Literatura actual nos encontramos con un concepto clave: el de mediación. No obstante, para llegar a él, ha habido que dar una serie de pasos históricos. Durante muchos años, el concepto dominante fue el de animación a la lectura; pero este, que como vamos a ver tuvo un propósito histórico bien definido, acabó derivando en la instauración de una serie de prácticas de corte lúdico, aunque más bien superficiales y poco efectivas, que de un tiempo a esta parte han sido desplazadas por una idea de promoción de la lectura que hace hincapié en transformar esta en experiencia profunda para los diferentes sujetos a través de una concienzuda práctica de mediación. Veamos con algo más de detenimiento algunos de estos conceptos básicos.

Contemplaremos el concepto de animación a la lectura, siguiendo un espléndido libro de Juan Mata Anaya (2009), desde dos perspectivas: la de su historia y la de sus propósitos. En cuanto a sus orígenes, cabe señalar que, en 1965, en Clamart, localidad de Francia, se funda La Joie par les Livres, una biblioteca concebida para niños y jóvenes. Tenía esta antecedentes en otra biblioteca, también francesa, inaugurada en París en 1924 por iniciativa del Book Committee on Children's Libraries: L'Heure Joyeuse (en Bruselas se había puesto en marcha una de idéntico nombre en 1920). Esta biblioteca de 1924 incorporaba algunas particularidades, porque se había construido a partir de una concepción luminosa y acogedora del espacio de lectura, adaptando los muebles a las necesidades de los niños, llevando a cabo una meticulosa selección del fondo bibliográfico, que a su vez estaba organizado de forma eficaz y sencilla, y facilitando el libre acceso a las estanterías. Con todo, lo que más destacaba de ella era que otorgaba el protagonismo a los propios lectores infantiles, a quienes procuraba un acogimiento respetuoso y atento, con independencia de cuál fuera su origen social o su formación cultural previa. Se trataba de implantar en Europa el modelo de lectura pública de los países anglosajones, cuyos principios ya estaban recogidos en el *Report of the Trustees of the Public Library of the City of Boston*, de 1852. Pasaban estos principios por dar ocasión a todos de acceder al conocimiento a través de la realización de actividades amenas y cautivadoras

1. DE LA ANIMACIÓN A LA PROMOCIÓN DE LA LECTURA

1.1. Animación a la lectura

con el público infantil: narraciones colectivas de cuentos; conversaciones sobre los libros leídos; lecturas poéticas; guías bibliográficas; exposiciones temáticas de libros; representaciones teatrales; lecturas en voz alta de novelas y álbumes ilustrados; juegos para captar la atención de los lectores; e invitaciones a escritores, artistas o científicos... Todas ellas son prácticas que hoy asociamos con facilidad con la animación a la lectura.

En su origen, empezaron a llevarse a cabo con un triple propósito. En primer lugar, se trataba de convertir la animación a la lectura en un instrumento de transformación social, que buscaba favorecer la movilización ciudadana y el incremento de la formación personal, de modo que lo que se perseguía no era el mero entretenimiento, sino la transformación del mundo. En segundo lugar, perseguía extender la educación popular y su carácter emancipatorio, toda vez que la escuela era vista a menudo más como un lugar de exclusión que como un espacio de liberación, y por lo tanto resultaba urgente el alumbramiento de una escuela creativa, integradora, participativa y libre, donde la lectura contribuyese a alcanzar esos objetivos. Y, en tercer lugar, se buscaba la renovación del profesorado, a quien urgía dotar de estrategias de animación cultural que supusiesen una profunda renovación de los métodos de enseñanza.

Quizá las mayores carencias que, con el tiempo, acabó mostrando este concepto de animación a la lectura fueran que lo que se impuso consistiese precisamente en un modelo que antepone el mero entretenimiento a la transformación del mundo, que no lograba hacer que la escuela supliera las carencias lectoras que ya se arrastraban desde el entorno familiar y que acababa generando la idea de que bastaba con dotar de una serie de técnicas de animación al profesorado sin pretender que este era el primer sector que debía

convertir la lectura en una práctica habitual y profunda.

De modo que, con el tiempo, se acabó generando una dialéctica entre promoción de la lectura y animación a la lectura. Atestiguado el hecho de que el

propósito, históricamente bien definido, de democratizar la cultura que tuvo en principio el concepto de animación a la lectura acabó derivando en el diseño de una serie de actividades vagamente relacionadas con la lectura y de más bien poca incidencia, el concepto de promoción de la lectura irrumpió para incorporar la idea de la lectura como *experiencia*, es decir, como vivencia propia de algo que hasta entonces se percibía como externo. Para todo ello se necesitaba una profunda y bien planificada labor de mediación, de la que nos ocuparemos después.

Pero conviene precisar de qué hablamos cuando hablamos de promoción de la lectura. En primer lugar, ya hemos dicho que este concepto surge de la necesidad de superar las carencias del viejo concepto de animación a la lectura para entrar en el terreno de la mediación literaria, aunque esto por sí solo no basta.

Como señala Munita, hablamos de la necesidad de repensar la promoción de la lectura en términos de su potencial para favorecer la *experiencia* de la lectura. No se trata solo de lo que nos sucede exteriormente, sino principalmente de aquello que nos acontece a partir del encuentro con un texto, lo cual exige poner en práctica un proceso de apropiación cultural por el cual los sujetos puedan acceder a los bienes culturales y a la mencionada *experiencia* de la lectura. La promoción de la lectura la constituye esa serie de prácticas

1.2. Promoción de la lectura

que orientan sus esfuerzos a la realización de esa posibilidad.

2. EL CONCEPTO DE MEDIACIÓN

El concepto de mediación no proviene del ámbito cultural ni educativo en origen, si bien en los últimos años ha llegado a cobrar una especial relevancia en ambos terrenos. Si hablamos de literatura y medios de comunicación y de literatura y redes sociales, hablamos en definitiva de los diferentes agentes mediadores que actúan en cada uno de esos ámbitos. Por eso es importante que nos detengamos un momento a delimitar las implicaciones y las claves que están detrás de este concepto.

2.1. Orígenes del concepto

Empecemos por subrayar que el concepto de mediación viene del mundo del Derecho (Rojas Ruiz, 2017), donde irrumpe como procedimiento estructurado para que dos o más partes en conflicto intenten voluntariamente alcanzar un acuerdo sobre la resolución de sus diferencias con el apoyo de un agente externo llamado mediador (o mediadores). La mediación se fundamenta en la confianza y el poder, donde ambas partes cobran su fortalecimiento a través de los principios de voluntariedad, confidencialidad, flexibilidad, neutralidad, imparcialidad, equidad, legalidad, economía, buena fe y proactividad. La mediación se reveló un instrumento muy útil en este campo, aun cuando a menudo tenía que superar la resistencia al cambio de los abogados y jueces y la falta de conocimiento de las autoridades.

En los años sesenta, como también señala Rojas Ruiz (2017), a este sentido de la mediación se le suma el concepto de mediación cultural, el cual tiene proviene del ámbito de

la pedagogía, donde muestra cierta ambivalencia: por una parte, tiene que ver con la intención de universalizar y extender el acceso a la justicia; para otra, pretende facilitar el acercamiento a los bienes culturales de quienes tienen alguna dificultad para acceder a ellos. Ahora bien, una vez se incorpora esta perspectiva más amplia, puede entenderse que el disfrute de un bien cultural forma parte del acceso a la justicia, de modo que, al disminuir la distancia entre quienes pueden o no poseer ciertos bienes culturales, también puede disminuir la brecha entre quienes tienen o no derecho a la justicia. Dicho de otro modo: la idea misma de mediación nunca ha dejado de estar relacionada, en el fondo, con la propia idea de justicia.

No hace demasiado, el proceso de mediación se ha definido (Hanán Díaz, 2020) como un triángulo que tiene tres vértices: libro, lector y mediador.

2.2. Claves de la mediación

La función del último, el mediador, sería la de facilitar que ocurran muchos encuentros entre los dos primeros. En cierto modo, la función de la mediación es la de hacer de puente entre los libros y quienes, sin esa ayuda de acompañamiento, probablemente nunca llegarían a tener experiencias significativas con ellos. Así, como labor de puente o enlace entre los libros y esos primeros lectores que propicia y facilita el diálogo entre ambos, la definen algunos autores (Cerrillo, Larrañaga & Yubero, 2007), quienes además entienden tal función como intervención con conocimiento de causa que aporte soluciones ante las dudas y facilite, en lo posible, la decisión ante la elección de la lectura adecuada. En el que quizá sea el libro más importante que se ha escrito sobre el tema en los últimos años, *Yo, mediador(a)*, Felipe

Munita (2021) establece que la mediación comporta una serie de saberes, indisociables de la *praxis*, que no constituyen contenidos aislados de las prácticas de lectura y escritura, sino que devienen auténticas formas de ayuda para profundizar, afinar y expandir tales prácticas. Dicho de otro modo: para asumir la función de mediación hay que formarse y asimilar saberes sobre lectura y literatura, pero sobre todo hay que procurar que dichos saberes tengan un impacto positivo en forma de experiencia de la lectura para ese segundo vértice, el de los lectores, del triángulo de la mediación al que acabamos de aludir.

Pero no hay que perder de vista algunas cuestiones fundamentales: la mediación no es un método, sino un enfoque. En un libro imprescindible, cuyo solo título ya es una declaración de intenciones, *Dime. Los niños, la lectura y la conversación*, Aidan Chambers observa lo siguiente:

la pregunta «¿por qué?» no ofrece ninguna ayuda. Para hablar bien sobre un libro hay que comenzar por algún lado, destacar un detalle que se pueda explicar fácilmente. Al tratar de ayudar a los otros a hablar bien, las preguntas iniciales de la maestra deben dar un punto de partida. Como hemos visto, el lugar más obvio para empezar es pidiendo a los lectores que hablen sobre los detalles que les gustaron o les disgustaron particularmente.

(...)

La palabra que encontramos fue: «Dime...» (Chambers, 2007, pp. 65-66)

En parte se trata de eso, de mirar con ojos más dispuestos a invitar y auspiciar la conversación que a evaluar. Michèle Petit observaba que todo comienza con una hospitalidad (Petit, 2009). Y quizá el sentido último de la mediación lo ha expresado mejor que nadie

Gustavo Bombini cuando habla de «alimentar la certeza previa de que los adolescentes y los jóvenes están ahí, alertas y curiosos, dispuestos y críticos, para decirnos su parecer sobre aquello que sólo a través de nuestras clases podrán conocer» (Bombini, 2006, p. 119). Una gran mediadora, la periodista y escritora brasileña Ana Maria Machado, define la mediación como la «revelación del secreto» y como un acto de contagio: «No creo que nadie enseñe a otra persona a leer literatura. Por el contrario, estoy absolutamente convencida de que lo que una persona lega a otra es la revelación de un secreto: el amor por la literatura. Y eso es más un acto de contagio que una enseñanza» (Machado, 2012, pos. 119). Si tenemos en cuenta todo esto, entenderemos mejor que hablar de mediación es hablar de algo más que de animación a la lectura. Queda, eso sí, delimitar el perfil de la persona que asume esa labor.

Definida como «adulto escondido», enfrentada, en la asunción de sus funciones y requisitos, a una serie de dificultades, orientada al trabajo intersubjetivo que requiere trazar grandes líneas de actuación coherentes, con frecuencia en el marco del sistema educativo, la figura del mediador o de la mediadora se ha convertido en un objeto de reflexión en sí misma para la didáctica de la literatura actual.

El gran investigador canadiense Perry Nodelman, especialista en literatura infantil y juvenil, utiliza la metáfora del «adulto escondido» para referirse a la figura que asume las labores de mediación (Nodelman, 2020).

3. LA FIGURA DEL MEDIADOR(A)

3.1. El «adulto escondido»

En torno a la LIJ hay dos lugares comunes igual de cuestionables, aunque muy extendidos ambos: uno, que son los niños y niñas quienes eligen lo que leen; y otro, que son los productores de literatura infantil (esto es, las editoriales y escritores), quienes deciden lo que los niños y niñas leen. Pero en realidad, señala Nodelman, quien toma las decisiones es la figura del «adulto escondido», función que es ejercida por los padres, los profesores y los bibliotecarios que compran libros para la infancia basándose en lo que suponen que la infancia lee.

La metáfora tiene más repercusiones de lo que parece. Pensemos que, en el siguiente documento de este tema, hablaremos de medios de comunicación, y lo cierto es que en España no existe una estructura sólida en los medios generalistas en torno a la literatura infantil y juvenil, esto es, no existe una crítica especializada que ejerza su labor de manera regular, ni apenas espacios para la divulgación. Ese «adulto escondido» al que se refiere Nodelman, por tanto, toma decisiones a menudo sin contar con herramientas para ello.

3.2. Funciones, requisitos y dificultades

En un completo trabajo sobre mediación, Pedro Cerrillo, Elisa Larrañaga y Santiago Yubero delimitan las siguientes funciones para la figura del mediador o mediadora: crear y fomentar hábitos lectores estables; ayudar a leer por leer; orientar la lectura extraescolar; coordinar y facilitar la selección de lecturas por edades; preparar, desarrollar y evaluar animaciones a la lectura (Cerrillo, Larrañaga & Yubero, 2007, p. 277). Al mismo tiempo, para lograrlo, señalan que dicha figura debería contar con los siguientes requisitos: ser un lector habitual; compartir y transmitir el gozo de la lectura; tener ca-

pacidad para promover la participación; una cierta dosis de imaginación y creatividad; creer firmemente en su trabajo de mediador; y poseer una mínima formación literaria, psicológica y didáctica (2007, p. 278). No nos parecen desacertadas sus observaciones, pero quizá convendría añadir que, como de alguna manera señalaba Ana Maria Machado al hablar de la labor de mediación como acto de contagio, no deberíamos tener miedo a incluir el amor a la literatura, mencionado así, de esa manera, entre las actitudes fundamentales para ejercer la labor de mediación.

Este perfil, señalan los mismo autores, enfrenta no obstante algunas dificultades que suelen estar, por desgracia, con demasiada frecuencia bien asentadas en el sistema educativo: el aprendizaje de los mecanismos lector-escritores como una actividad mecánica, sin la necesaria atención a los aspectos comprensivos; la tendencia a identificar «libro» con «manual» o «libro de texto»; la excesiva «instrumentalización» de la lectura, es decir, su uso para el aprendizaje de otros conocimientos: la historia, el entorno, la naturaleza, etc; la excesiva consideración de la lectura como una actividad seria y la facilidad con que se asocia «seria» con «aburrida»; la no siempre adecuada selección de lecturas por edades; la falta de ambiente de lectura en el entorno extraescolar del niño; y las insuficientes dotaciones bibliotecarias escolares y la falta de profesionales bibliotecarios que atiendan esas bibliotecas (Cerrillo, Larrañaga y Yubero, 2007, p. 278).

En nuestra aproximación vamos a suscribir la visión del mediador(a) de lectura que expone Felipe Munita (2021). Para

este investigador chileno, dicha figura inter-

3.3. Un puente hacia la apropiación

viene intencionadamente con el propósito de construir condiciones favorables para la apropiación cultural y la participación en el mundo de lo escrito por parte de sujetos que no han tenido –o apenas han tenido– la posibilidad de disfrutar de ellas. Esto, añade Munita, se realiza mediante encuentros intersubjetivos en los cuales la figura que ejerce la mediación pone en juego su propio mundo interior (afectos, emociones, experiencias lectoras) para crear el espacio de acogida y hospitalidad que necesita toda mediación, lo que permite a los sujetos superar las barreras biográficas y socioculturales que les impedían sentirse invitados a participar de las experiencias con lo escrito. El objetivo último es que estas acciones puedan favorecer el desarrollo de procesos de cambio y de construcción de sentido. Munita señala, además, tres grandes líneas de actuación para concretar la misión del mediador. En primer lugar, hablaríamos de la necesidad de desarrollar sus prácticas en el ambiente y lugar de vida de los grupos sociales excluidos de la cultura escrita. En segundo lugar, del interés por reforzar el vínculo entre las prácticas de mediación y la biblioteca, de modo que el propósito del mediador(a) pasaría, en buena medida, por facilitar que los sujetos con quienes trabaja puedan llevar a cabo la progresiva apropiación de los espacios públicos de circulación del libro y de la lectura, favoreciendo la conexión y puesta en diálogo de los espacios bibliotecarios con su entorno, al objeto de canalizar aquella intención democratizadora que está en la base de la construcción de bibliotecas públicas y de mostrar que ese puede ser un espacio de acogida y de uso a todos. En tercer y último lugar, estaría la necesidad de favorecer acciones de acompañamiento personal no solo al inicio de la actividad mediadora, sino durante todo el proceso de apropiación de los lugares, ma-

teriales y prácticas que conciernen al mundo de lo escrito, lo que nos llevaría a volver la mirada hacia el componente personal e íntimo que debiese caracterizar todo proceso de mediación, así como a constatar que, sin ese acompañamiento intersubjetivo, resultará mucho más difícil sentirse a gusto en un universo de prácticas y espacios que quizá nos han sido vedados durante buena parte de nuestra biografía.

En conclusión, el mediador(a) es un actor educativo que interviene intencionadamente en la construcción de condiciones favorables para la apropiación cultural y la participación en el mundo de lo escrito por parte de sus estudiantes. También una figura que orienta sus esfuerzos hacia la formación de lectores literarios y que desarrolla para ello situaciones de aprendizaje centradas en la actividad de los sujetos a quienes dirige su labor. Una buena figura mediadora hace que esas situaciones se apoyen en la construcción de dispositivos didácticos que, tomando en cuenta las formas mediante las cuales los libros y otros productos culturales «enseñan a leer», favorecen tres grandes tipos de interacción: entre lectores, entre los textos y entre el lector y el texto. Lo que se espera es que la experiencia de aprendizaje mediado favorezca procesos de cambio y de construcción de sentido en el sujeto que aprende, ampliando así sus formas de diálogo consigo mismo y con el mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bombini, G. (2006). *Reinventar la enseñanza de la lengua y la literatura*. Libros del Zorzal.
- Cerrillo, P. C., Larrañaga, E., & Yubero, S. (2007). Libros, lectores y mediadores. En P. C. Cerrillo & S. Yubero (Eds.), *La formación de mediadores para la promoción de la lectura. Contenidos de referencia del Máster de Promoción de la Lectura y Literatura Infantil* (2ª, pp. 277-284). Universidad de Castilla-La Mancha, CEPLI & SM.
- Chambers, A. (2007). *Dime. Los niños, la lectura y la conversación*. Fondo de Cultura Económica.
- Hanán Díaz, F. (2020). *Sombras, censuras y tabús en los libros infantiles*. Universidad de Castilla-La Mancha. <http://doi.org/10.18239/arcadia.30.2020>
- Machado, A. M. (2012). *Lectura, escuela y creación literaria*. Anaya.
- Mata Anaya, J. (2009). *10 ideas clave. Animación a la lectura. Hacer de la lectura una práctica feliz, trascendente y deseable*. GRAÓ.
- Munita, F. (2021). *Yo, mediador(a). Mediación y formación de lectores*. Octaedro.
- Nodelman, P. (2020). *El adulto escondido. Definiendo la literatura infantil y juvenil*. Pantalia.
- Petit, M. (2009). *El arte de la lectura en tiempos de crisis*. Océano.
- Rojas Ruiz, S. (2017). La mediación de la lectura: Algunas consideraciones teóricas. En Elsa Margarita Ramírez Leyva (Ed.), *La formación de lectores en el campo de la Bibliotecología* (pp. 59-79). Universidad Nacional Autónoma de México.

Dime



Aidan Chambers

DIME MEJOR QUE «¿POR QUÉ?»

Dice Aidan Chambers en *Dime. Los niños, la lectura y la conversación*, que conviene estar de acuerdo en una máxima para ayudar a los niños –o, por extensión, los adolescentes– a hablar con propiedad sobre sus lecturas: la

EL JUEGO DE «ADIVINA QUÉ ESTÁ PENSANDO LA MAESTRA»

de que *todo es honorablemente comunicable*. A partir de ahí, lo adecuado es no menospreciar lo que realmente piensan sobre ellas. Chambers lo expresa en estos términos: «Menospreciar lo que los niños “realmente piensan” lleva a una defeción hacia la lectura en el ámbito escolar, o a que los niños comiencen a jugar el juego de “Adivina qué está pensando la maestra”: dan como respuesta propia lo que creen que la maestra quiere oír» (Chambers, 2007, p. 61). Sin embargo, y aun sin ser conscientes, invitamos a jugar a ese juego cada vez que, a propósito de una lectura de aula, preguntamos «¿por qué?». Esta es una respuesta que lo abarca todo, dice Chambers, y que resulta demasiado extensa para contestarla de una vez. Incluso, a nuestro pesar, puede sonar agresiva, amenazante, contendiente y examinadora.

Por supuesto, hay otras alternativas. Propongámonos un sencillo ejercicio: pensemos en un libro que nos gustaría leer en el aula con nuestros alumnos. Da igual el que sea. Y ahora imaginemos que, tras leerlo de manera compartida, alguien nos pregunta «por qué» nos gusta o nos disgusta. Lo normal es que nos sintamos un tanto desconcertados. En *Dime*, el propio Chambers aclara que no propone un método, sino un enfoque para establecer conversaciones sobre libros en el aula.

FORMULANDO LAS PREGUNTAS ADECUADAS

Quizá podríamos plantearnos cambiar el foco y abordar las siguientes preguntas básicas que propone Chambers, cuyas respuestas os invito a compartir:

¿Hubo algo que te gustara de este libro?
¿Qué te llamó especialmente la atención?
¿Te hubiera gustado que hubiera más de algo?

¿Hubo algo que no te gustara?
¿Hubo partes que te aburrieron?
¿Te saltaste partes?, ¿cuáles?
Si dejaste de leer, ¿en dónde fue y qué te hizo dejarlo?

¿Hubo algo que te desconcertara?
¿Hubo algo que te pareciera extraño?
¿Encontraste algo que nunca antes habías visto en un libro?

¿Hubo algo que te tomara totalmente por sorpresa?
¿Notaste alguna incongruencia aparente?
¿Hubo algún patrón, alguna conexión, que notaras?